

La inscripción del lado oeste, famosa en todo el mundo, expresa, causando aún mayor impresión, el triunfo sobre el paganismo; dice así:

Cristo vence,
Cristo reina,
Cristo impera,
Cristo guarda a su pueblo de todo mal (1).

Pocos sitios hay en la Ciudad Eterna en que el conocedor de la historia es asaltado por tan poderosas impresiones como ante el obelisco de la plaza de San Pedro. Si en alguna parte hablan las piedras, sucede esto aquí. Llevado a Roma, capital del mundo, desde el maravilloso Egipto por el emperador Calígula como signo triunfal de un poder terreno victorioso, había contemplado el obelisco los primeros mártires romanos, cuando Nerón en el circo vaticano dirigía su cuadriga por las filas de las antorchas vivientes llameantes y humeantes. No lejos de él padeció martirio el príncipe de los apóstoles, San Pedro. No tocado por el tiempo y las luchas de los hombres, este coloso de piedra fué mudo testigo de los más importantes acontecimientos de la historia del mundo. Vió el hundimiento de la Roma imperial con sus brillantes palacios y dorados templos de los dioses, la lenta transformación de la ciudad pagana en cristiana, la dedicación por Constantino de la iglesia donde se halla el sepulcro del príncipe de los apóstoles, el encumbramiento de la cruz al dominio del Imperio romano destruído por los bárbaros, el desenvolvimiento del primado de Roma, el origen del Estado de la Iglesia, la coronación del emperador Carlomagno, la anarquía de la nobleza del siglo x, el abatimiento del papado y su nuevo levantamiento por San Gregorio VII, las luchas llenas de vicisitudes entre el sacerdocio y el Imperio, el apogeo del papado medioeval en tiempo de Inocencio III, la celebración del primer año jubilar por Bonifacio VIII, la soledad de la residencia pontificia durante el destierro

(1) La inscripción: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat*, está sacada, como hace observar Wymann en el Anuario histórico, XXVII, 79, de los cantos en forma de letanía usuales en Roma en la coronación de los emperadores. En el asineton de tres miembros vigoroso y lleno de majestad, realizado todavía por la repetición del sujeto, ve Wymann un indicio de que el texto se compuso imitando un modelo más antiguo. Cree hallar este modelo en un pasaje de Quintiliano. Además Wymann rechaza justamente la rara opinión de Hauck (*Historia eclesiástica de Alemania*, II³⁴, 798), de que en la enunciación de las palabras se declara el concepto específicamente germánico de Jesús. Cf. también Höfler, *Los Papas alemanes*, I, 285.

de Aviñón y el cisma, la última coronación imperial por Nicolás V y la colocación de la primera piedra de la nueva construcción de San Pedro por Julio II. El obelisco vió también al destructor de la unidad religiosa en Occidente y las hordas salvajes del Saco de Roma, finalmente a los santos de la reforma y restauración católica. El gran tiempo de la conciencia católica renovada y consolidada, del vigor y rejuvenecimiento de la antigua Iglesia imprimió ahora también al obelisco su señal, hizo que él, en el que se había perpetuado el antiguo culto de los emperadores, estuviese sujeto a la cruz del Galileo, y lo elevó a símbolo de la victoria de la Iglesia, que excede en duración a todos los embates del tiempo. Porque Cristo permanece siempre vencedor, rey y dominador, su Iglesia no puede perecer.

Cuán profundamente penetrado estaba Sixto V de esta verdad, lo manifestó repetidas veces en sus alocuciones consistoriales. Así el 23 de enero de 1587 en la canonización del español Diego de Alcalá alabó con palabras ardorosas la gracia y misericordia divina, que dió santos a la Iglesia oprimida por los herejes e infieles y que a los ojos humanos parece abandonada (1). En otra alocución consistorial indicó con energía la Providencia divina, que todo lo dirige y otorga siempre a la Iglesia su protección (2).

Si se leen estos discursos, se entienden bien las inscripciones del obelisco sobre el perpetuo señorío victorioso de Cristo, cuya cruz se eleva al aire azul en la cima de este monumento como señal del triunfo sobre todos los poderes enemigos. Todos los que iban en peregrinación al sepulcro del primer Papa, debían verla ya desde lejos. Por eso Sixto V concibió el grandioso plan de prolongar la plaza de San Pedro hasta el Tíber (3).

Como la basílica del príncipe de los apóstoles tenía su obelisco, así también resolvió Sixto V conceder el mismo ornato a las otras seis iglesias principales de Roma (4). Como mensajeros triunfales del Crucificado debían los obeliscos disponer a la oración y devoción los corazones de los peregrinos que iban a estos santuarios. En todos los sitios principales de Roma debía erigirse la señal de la

(1) V. *Acta consist. en el Barb. XXXVI, 5, II, *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. *ibid.* al 25 de octubre de 1589.

(3) Cf. en el núm. 6 del apéndice el *Avviso de 4 de junio de 1586, *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. la *relación de A. Malegnani de 22 de julio de 1587 (*Archivo Gonzaga de Mantua*), en el núm. 18 del apéndice.

redención, a la que debía la Ciudad Eterna su nueva posición de capital del mundo cristiano (1).

Inmediatamente después de la erección del obelisco vaticano dió Sixto V la orden de desenterrar el obelisco que el emperador Constancio había hecho levantar en otro tiempo en la espina del Circo Máximo (2). En febrero del año siguiente (1587) este monumento estaba enteramente puesto al descubierto. En abril en el Circo Máximo, que entonces servía de huerta, se desenterró también el obelisco levantado allí por Augusto, cuya base ya en tiempo de Gregorio XIII se había puesto a la vista. Destinóse a ser erigido delante de Santa Cruz de Jerusalén, mientras el otro, mayor, debía adornar la plaza que hay delante de la Basílica de Letrán (3). Para la plaza de Santa María la Mayor allanada con importantes gastos destinó el Papa el obelisco que procedía del mausoleo de Augusto, y que, roto en dos pedazos, estaba en el desembarcadero de la madera junto al puerto de Ripetta (4). En marzo de 1587 se abrieron ya las zanjas para el fundamento (5). Sixto persistió en que el monumento había de componerse rápidamente y estar erigido para la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora. A pesar del gran calor del verano hubieron de continuarse los trabajos dirigidos de nuevo por Fontana. En agosto se trabajaba día y noche (6). Así el 11 de este mes pudo fijarse sobre este obelisco la cruz vencedora del mundo (7). En la fiesta de la Santísima Virgen María efectuóse la bendición (8).

(1) *Consentaneum enim arbitratus est, ut cuius virtute Roma caput est universae rei christianae publicae et arx divinae religionis et lux totius christiani orbis terrarum et domus christianarum virtutum, illius signum fere ubique in ipsa urbe praesertim in locis celebrioribus excitaretur. Galesino, Annales Sixti V, Vat. 5438, p. 83, *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. el *Avviso* de 17 de septiembre de 1586 en Orbaan, *Avvisi*, 289.

(3) V. *ibid.*, 292. Cf. Fulvio-Ferrucci, 140; Lanciani, IV, 148. En la colección de poesías de J. Fr. Bordini está diseñado el obelisco de junto a Santa Cruz con esta observación: ante aedem S. Crucis in Hierusalem propediem erigendum (p. 63).

(4) V. Fontana, I, 67.

(5) V. Orbaan, *Avvisi*, 293. Cf. Massimo, *Notizie*, 86 s.

(6) V. las *relaciones de Malegnani de 1.º, 5 y 13 de agosto de 1587, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. el núm. 16 del apéndice.

(7) *Relación de Malegnani de 12 de agosto de 1587, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. también Bertolotti, *Art. Lomb.*, I, 92, *Art. Bologn.*, 30 y las cuentas en Massimo, *Notizie*, 242 s. El fresco de la villa Montalto, publicado por Pastor, Sisto V, tav. 14, muestra el estado de entonces de la plaza.

(8) *Relación de Malegnani de 15 de agosto de 1587, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

Las inscripciones colocadas en el pedestal expresan también aquí la virtud de Dios, que había alcanzado la victoria del cristianismo sobre el paganismo. En ellas se hace referencia por manera ingeniosa al pesebre, conservado en Santa María la Mayor, del Salvador del mundo, nacido en la paz que hubo imperando Augusto. También se menciona la leyenda relacionada con la interpretación de la égloga cuarta de Virgilio, de que Augusto había adorado a Cristo Niño aparecido a él en una visión y el emperador no había querido llamarse más en adelante señor (1).

Fontana había hecho levantar el obelisco de tal manera ante el ábside de Santa María la Mayor, que se produjese una perspectiva llena de impresión para la gran calle que conducía en línea recta a la Trinidad de los Montes (2). También el obelisco destinado para el lado norte de la basílica lateranense debía formar el término de la larga calle que desembocaba allí desde Santa María la Mayor. Este obelisco parecía especialmente digno para el ornato del templo que llevaba el título de: «Madre de todas las Iglesias», pues entre todos los obeliscos romanos era no solamente el mayor, sino también el más antiguo y llevaba rico adorno de jeroglíficos. Los faraones Tutmosis III y Tutmosis IV habían hecho levantar este monumento de 32 metros de altura en el siglo xv antes de Cristo en el templo de Amón de Tebas. Ya Augusto quiso hacer llevar este obelisco a Roma, pero se desanimó por las dificultades de la empresa. El emperador Constantino acogió el plan, que luego Constancio ejecutó. Para ello hubo de construirse un buque servido por 300 remeros. El transporte y la erección los ha descrito Amiano Marcelino en su historia de los emperadores (3). Cuando el obelisco se derrumbó, no es conocido. Su excavación fué difícil, pues estaba a 26 pies de profundidad bajo los escombros de la arena del circo, roto en tres pedazos y en suelo pantanoso (4). A fines de otoño de 1587 Fontana había terminado felizmente el transporte a la plaza de Letrán (5). Logró también unir los pedazos. En la erección en el sitio donde hasta entonces

(1) V. Fontana, I, 67^b-68.

(2) Cf. en el núm. 20 del apéndice el **Avviso* de 19 de septiembre de 1587, *Biblioteca Vaticana*.

(3) 17, 4, 12. Sobre los jeroglíficos del obelisco lateranense trató recientemente G. Farina en la revista *Bessarione*, 1906.

(4) V. Fontana, I, 60^b; Fulvio-Ferrucci, 139^b s.

(5) V. el *Avviso* en Orbaan, *Avvisi*, 301. Cf. Conti di Fontana, VIII, 64.

había estado la llamada torre de los Annibaldis (1), sobre una nueva base en vez de la destruida, que a causa de su inscripción se puso por orden del Papa en la colección del Belvedere (2), Fontana empleó el mismo procedimiento que en el obelisco vaticano. De un modo enteramente semejante efectuóse también la bendición el día de San Lorenzo, 10 de agosto de 1588 (3). De suyo se entendía que este monumento recibió igualmente la diadema de la cruz como símbolo de la triunfante Iglesia de Cristo (4). También en las inscripciones del pedestal se hace referencia a esto. En el lado sur se lee: «Constantino, vencedor por la cruz, bautizado aquí por San Silvestre, difundió la gloria de la señal de la redención» (5).

El otro obelisco excavado en el Circo Máximo, que lleva jeroglíficos del tiempo de Setí I y Ramsés II, el faraón de la opresión de los judíos, y que Augusto había sacado de Heliópolis para llevarlo a Roma, destinólo Sixto V para la Plaza del Pueblo. Allí fué erigido y coronado con la cruz en la primavera de 1589. En la víspera de la Anunciación de Nuestra Señora, 24 de marzo, efectuóse la ceremonia de su purificación y bendición (6). A la antigua inscripción de Augusto añadió Sixto V dos nuevas; la una refiere las vicisitudes del monumento y su dedicación a la santa Cruz, la otra hace referencia a que Augusto había consagrado el monumento al sol. Dice así: «Más magnífica y felizmente me levanto ante la iglesia de Aquella de cuyo seno virginal nació en tiempo de Augusto el Sol de la justicia» (7). Fontana refiere expresamente que el designio del Papa en la erección de este monumento fué en primer término procurar un ornato para la iglesia de Santa María del Pueblo, la cual no solamente había elevado al título de cardenal, sino también admitido en el número de las siete iglesias principales en vez de San Sebastián (8). Junto con esto también pesó ciertamente en la balanza el ser la

(1) Cf. la carta de un contemporáneo en Lauer, 324, nota 2.

(2) V. Fulvio-Ferrucci, 141^b.

(3) V. Fontana, I, 61; Orbaan, Avvisi, 304. Cf. Pastor, Sixto V, tav. 15.

(4) Debajo del escudo de Sixto V están colocados en este obelisco todavía cuatro leones.

(5) V. Fontana, I, 63^b s.

(6) V. los Avvisi en Orbaan, Avvisi, 309 y el *Diarium P. Alaleonis al 24 de marzo de 1589, *Bibl. Vaticana*. Cf. también en el núm. 33 del apéndice el *Avviso de 26 de abril de 1589, *ibid.*

(7) V. Fontana, I, 65 s. Cf. Bonanni, I, 418.

(8) V. Panciroli, Tesori nascosti, 452.

Puerta del Pueblo la principal puerta de entrada para todos los peregrinos que van a Roma, y el desembocar allí las tres «calles más hermosas, más largas y más rectas» de la ciudad inferior (1). Al obelisco se unió todavía una hermosa fuente trazada por Fontana (2), y así Roma recibió una puerta de acceso que no conocía igual en majestad (3). La ejecución del otro plan, de adornar también con obeliscos la Plaza Navona (4) y las plazas de San Pablo extramuros (5) y Santa María de los Ángeles (6), impidiólo la muerte demasiado temprana del Papa.

La maravillosa decoración arquitectónica de plazas con los obeliscos que recibió la Ciudad Eterna reinando Sixto V, se perpetuó con razón por medio de medallas conmemorativas (7), pues representa una novedad artística sumamente notable, que es característica en la época del barroco (8). En la edad media, como lo demuestran las dos columnas de granito erigidas ya en 1180 en la Plazuela en Venecia, se habían contentado con la erección de semejantes columnas antiguas. También la época del Renacimiento se limitó a esto. Así el duque Cosme en 1573 hizo conducir una columna de granito de los baños de Caracala para la plaza de la Santísima Trinidad de Florencia. Roma poseía ya semejante decoración de plaza en sus grandes columnas de emperadores. Ahora recibió la Ciudad Eterna en los obeliscos un adorno sumamente peculiar, que se despliega enteramente en el espacio. Como los maestros de aquel tiempo estudiaban de la manera más exacta las impresiones de perspectiva, los obeliscos de Sixto V se adaptan muy excelentemente como término al perfil de las calles. Dan a los ojos un apoyo para las distancias reales y para la medida de la grandeza de los edificios. Los obeliscos situados delante de Santa María la Mayor y de Letrán forman cada uno el término de una vía de comunicación, y el obe-

(1) V. Fontana, I, 65^b.

(2) Diseño en Falda, Fontane, I, tav. 14. Cf. Wölfflin, Renacimiento y barroco, 118.

(3) V. el fresco de la Biblioteca Vatic. en Pastor, Sixto V, tav. 16.

(4) Esta plaza debía recibir dos obeliscos según el Avviso que trae Orbaan, Avvisi, 309.

(5) Sobre este proyecto del Papa mencionado también por Gritti (en Hübner, II, 496) cf. en el núm. 18 del apéndice la *relación de Malegnani de 22 de julio de 1587, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(6) Lanciani (IV, 127) cita para esto a Mercati, *Obelischí*, 259.

(7) Cf. Bonanni, I, 412 s., 417, 419.

(8) V. Brinckmann, *Arquitectura*, 163.

lisco de la Plaza del Pueblo, de tres calles. Por eso la impresión aquí producida es grandísima (1).

Qué impulso recibió también fuera de esto la arquitectura urbana con el barroco, que seguía desenvolviendo las ideas del Renacimiento (2), muéstranlo aún otras obras de Sixto V, por las cuales se contaba con el espacio de las calles para la erección de un edificio monumental. Así la Via Pía se allanó en toda su extensión y según el plano de Fontana se levantó de suerte, que desde la plaza del Quirinal se podía ver la puerta de la ciudad que lleva el mismo nombre, distante una milla (3). A este lugar pertenece también la portada que Sixto V después del nombramiento de su nepote Montalto para vicescanciller hizo poner por Fontana de una manera adicional antes de la entrada de la Cancellaría (4), porque el gusto del barroco exigía para la calle que aquí desembocaba una resonancia en la forma del edificio. De un modo semejante para la gran calle que iba de Santa María la Mayor a Letrán se hizo por Fontana en 1586-88 la hermosa logia de la bendición en San Juan de Letrán, de dos pisos con su arcada de cinco arcos en cada uno de ellos, de color oscuro, que producían efecto a lo lejos, y sus columnas abajo dóricas y arriba corintias (5).

(1) V. Brinckmann, *Arquitectura*, 163, 165, quien hace observar sobre la Plaza del Pueblo: «La forma ascendente del obelisco parece arrojar a la altura las corrientes de fuerzas de la llanura circundante, que va subiendo suavemente hacia él, dando con esto nueva intensidad al lugar que se tiende a su alrededor. El cuerpo que se eleva al espacio y el cuerpo plástico concurren a producir un aumentado efecto de unidad. Al mismo tiempo su forma delgada no impide el movimiento del espacio a lo profundo, pues desaparece al lado de la arquitectura dominante». Cf. también Röse, *Época posterior del barroco*, 96, quien con todo atribuye falsamente a Sixto V el obelisco de la Trinidad de los Montes.

(2) En este respecto puede recordarse ante todo el gran proyecto de Miguel Ángel de que habla Vasari. Según él en un pórtico de la parte de detrás del palacio de Farnesio debía colocarse como fuente el llamado toro farnesino de tal suerte que se hubiera podido ver desde el pórtico de entrada y además desde allí también, más allá del río, la altura del Trastévere; v. Vasari, VII, 223 s. Cf. nuestros datos del vol. XII.

(3) V. Fontana, I, 87^b. Cf. el fresco del palacio de Letrán en Pastor, Sisto V, tav. 10.

(4) V. Lavagnino, *Il Palazzo della Cancellaria*, Roma, 1925, 32.

(5) Fontana, 46 s., 89. La inscripción en el grabado de Fontana: 1588 A° IV, no corresponde a la que existe realmente: 1586 A. II (v. Forcella, VIII, 44). Cf. todavía Egger en los Documentos para la historia del arte, artículo dedicado a Wickhoff (1903), 155; Gurlitt, *Estilo barroco*, 213; Nohl, 186; Brinckmann, *Arquitectura*, 152. V. también Sitte, *La construcción de ciudades según sus principios artísticos*², Viena, 1889, 84 s.

La erección de la noble logia de la bendición, adornada en el interior con pinturas (1), estaba relacionada con el derribo y destrucción del extenso y enmarañado conjunto de edificios que desde el siglo IV se había formado junto a la basílica de Letrán (2).

Si viniendo del coliseo, se entraba en la plaza de Letrán, se veía a la derecha el baptisterio constantiniano rodeado de capillas, principalmente de los oratorios de la Santa Cruz y de San Venancio, y derechamente la fachada lateral de la basílica, dirigida al norte. Ésta, colocada delante del brazo derecho del crucero, había sido adornada por Gregorio XI con una portada gótica de mármol. Aquí se hallaba la entrada lateral de la iglesia, a cuyos lados estaban aquellos dos leones antiguos de mármol que Sixto V hizo trasladar a su fuente de la plaza que hay junto a Santa Susana. Sobre la fachada lateral se levantaban dos pequeños campanarios, que habían sido transformados por Pío IV. A la izquierda de la fachada, adelantándose en ángulo recto, se juntaba la antigua residencia de los Papas, el llamado Patriarchium Lateranense. Lo mismo que el Vaticano era un agregado de edificios de los más diversos siglos, y todos sin embargo estaban unidos entre sí. Primeramente, con el frente dirigido hacia el oeste, la gran sala de los concilios, que también se había usado para las coronaciones de los emperadores, con sus tres puertas, sacadas, como se supone, del pretorio de Jerusalén. Seguía a ésta, adelantándose hacia el norte, la logia de la bendición erigida por Bonifacio VIII en el año jubilar de 1300. Con esta elegante construcción gótica de mármol, que adornó Giotto con tres pinturas (3), estaba unido, formando igualmente un ángulo recto, un gran corredor provisto de portada, a cuyo fin se hallaban el oratorio de San Silvestre y más allá la Escala Santa. A la izquierda de estos santuarios se veían la entrada, la escalera y el pórtico del antiguo palacio pontificio, el atrio de la capilla Sancta Sanctorum y este notable santuario. El local más importante de la extrema

(1) Cf. el mandato en el Arch. Rom., II, 230.

(2) Para lo que sigue cf. la descripción de Reumont, III, 1, 15 s. y las grandes obras de Rohault y Lauer. Éste da numerosos diseños y las descripciones del antiguo palacio patriarcal por Hortensio de Fabiis (p. 325 s.) y P. Ugonio (p. 576 s.). V. también el fresco de la Biblioteca Vatic. en Pastor, Sisto V, tav. 17.

(3) Una de ellas, la publicación del año jubilar por Bonifacio VIII, se halla actualmente en el lado posterior del primer pilar de la nave central de la iglesia lateranense.

parte oriental del palacio del Papa formábalo el gran triclinio, que había edificado León III (795-816), para ejercitar aquí la hospitalidad apostólica según la antiquísima hermosa costumbre de los Papas. La parte sur del Patriarchium, cuyo centro lo formaba un gran patio cuadrado, se juntaba con el término derecho del pórtico de la fachada principal de la Basílica Lateranense.

Desde fines del siglo XIII el antiguo palacio de Letrán ya no lo habitó ningún Papa por largo tiempo. Durante el destierro de Aviñón cayó en completa ruina. El incendio de la iglesia de Letrán en el año 1308 perjudicó también al palacio, que apenas fué restaurado. Su triste estado fué la causa de que los Papas a su vuelta tomasen por morada el Vaticano. Por efecto del aire insalubre de aquel paraje entonces casi despoblado, de todos los Papas del tiempo del Renacimiento sólo Sixto IV pensó seriamente en la restauración de la antigua residencia de los sucesores de San Pedro. León X habitó aquí todavía algunos días después de su toma de posesión de la iglesia; como Julio II, así también él celebró el concilio de Letrán en el Patriarchium. Pero luego el palacio se fué arruinando más y más. Sólo algunos doctos, como Panvinio, se interesaron todavía por el gran terreno lleno de edificios y ruinas, con el que se enlazaban los recuerdos de once siglos. Cuán poco gusto había en tiempo de Sixto V por las esculturas, mosaicos, inscripciones y otros monumentos de todo género que allí había aún en abundancia, muéstranlo con espantosa claridad las palabras con que Fontana da principio a su relación sobre la nueva construcción del palacio de Letrán. Dice que Sixto V en atención a la posición de San Juan de Letrán como catedral propiamente dicha del obispo de Roma, había resuelto construir una nueva logia de la bendición y un nuevo palacio, no solamente para proveer allí a los Papas de un cómodo alojamiento, sino también para el adorno de aquel paraje, que estaba cubierto de «edificios antiguos de poco valor». Que la mayor parte amenazaban ruina, no ofrecían ninguna comodidad, eran tan oscuros y estaban tan sucios, que el conjunto no decía bien con un lugar tan santo. En oposición a esto alaba Fontana el palacio erigido por él como el más magnífico de todos los existentes en Roma (1).

(1) Fontana, I, 48. Catervo Foglietta escribe en su *Lettera citada arriba, pág. 162, nota 1, que Sixto había hecho quitar alcune cassette et cappellette tanto vecchie che piu tosto erano occasione agli impii che senza rispetto alcuno entrano le case di Dio di far male (Ottob. 568, *Bibl. Vaticana*). Guido Gualterio en sus

La nueva construcción fué ordenada por Sixto V poco después de su elección y fundamentada con las palabras de que era indigno que el obispo no poseyese junto a su catedral una morada cual correspondía. Los trabajos estaban en pleno curso por junio de 1585 (1). Primeramente se terminó la logia de la bendición. Aunque no se había acabado de adornarla con pinturas, Sixto V por Pascua de 1587 dió desde allí la bendición (2).

El número de los trabajadores para el nuevo palacio se dobló en mayo de 1587 (3). La falta de miramiento con que se procedió contra los monumentos de más valor de los siglos pasados en el derribo del antiguo Patriarchium, es sumamente lamentable (4). Cuando se pasó también a echar abajo en el baptisterio la capilla de la Santa Cruz fundada por el Papa San Hilario (461-468), protestó el cabildo de Letrán, pero inútilmente (5). El oratorio adornado con mosaicos magníficos, ciertamente ya deteriorado, constituía un impedimento para la nueva calle en dirección a San Pablo; fué sacrificado lo mismo que los oratorios que debían su origen a los Papas San Silvestre, Teodoro I y Adriano I (6). Fué una fortuna el

*Ephemerides (p. 127^b, *Biblioteca Victor Manuel de Roma*; v. el núm. 38, 3 del apéndice del vol. XXI) tampoco dice una palabra del sentimiento por la demolición de la sala de los concilios del antiguo palacio lateranense. Pero que sin embargo también él como muchos otros sintieron el trastorno de semejante destrucción, se ve claro por la expresión comunicada por Ranke (III⁸, 75*) de la Vita Sixti V de Guido Gualterio y por la relación de Ugonio sobre el dolor general que provocó la destrucción del oratorio de la Santa Cruz; v. Wilpert, *Los mosaicos y pinturas romanas*, II, Friburgo, 1917, 727.

(1) V. en el núm. 1 del apéndice el *Avviso de 8 de junio de 1585, *Biblioteca Vaticana*, y el de 28 de junio de 1585 en Orbaan, *Avvisi*, 283.

(2) V. la relación de Malegnani de 1.º de abril de 1587, *Archivio Gonzaga de Mantua*. Una descripción de las pinturas da Fontana (I, 46). Cf. S. Ortolani, *S. Giovanni in Laterano*, Roma, 1925, 100.

(3) V. en el núm. 14 del apéndice el *Avviso de 13 de mayo de 1587, *Biblioteca Vaticana*.

(4) Cf. las severas expresiones de Rohault (273 s.) y Lauer (319 s.). En Lauer (643 s.) están también las cuentas sobre los trabajos del derribo. V. Vannutelli (*Mem. sacre Lateranensi*, Roma, 1900, 46) procura disculpar a Sixto V, pues el antiguo palacio estaba hecho una ruina, que ya no se podía salvar.

(5) V. en el núm. 13 del apéndice el *Avviso de 9 de mayo de 1587, *Biblioteca Vaticana*. Sobre el oratorio lateranense de la Santa Cruz v. Grisar en la *Civ. Catt.*, 1895, III, 727 s. e *Historia de Roma*, I, 333 s. Cf. Egger, *Catálogo de la colección de dibujos arquitectónicos de la bibl. palatina*, I, Viena, 1903, 36.

(6) V. Stevenson, 25; Lanciani, IV, 140. *Ibid.*, 139 s. sobre las monedas de oro halladas en los fundamentos del Patriarchium. Cf. también la *relación de Malegnani de 27 de junio de 1587 (*Archivio Gonzaga de Mantua*), a la que se refiere la bula de 1.º de diciembre de 1587 (*Bull.*, VIII, 966 s.). Una de las mo-